

“Entre la cruz y la espada”: una lectura de *Noches Lúgubres*, del escritor español

José Cadalso y Vázquez

"Between the Cross and the Sword": a reading from *Noches Lúgubres*, by Spanish writer

José Cadalso y Vázquez

Gracineia dos Santos Araújo¹

RESUMEN: Este trabajo pretende realizar una breve lectura e interpretación de la obra *Noches Lúgubres* (1789-1790), de José Cadalso y Vázquez, en la cual el autor denuncia el autoritarismo de la Iglesia y el Estado, vigente en la España dieciochesca. Cadalso encuentra en el pensamiento francés del *Siglo de las Luces* la motivación para lanzarse en contra de lo dogmático, la fe y la moral religiosas, evidenciando su anticlericalismo, al tiempo que rechaza las normas y la moral establecidas por la sociedad de la época.

Palabras-clave: José Cadalso y Vázquez. Noches lúgubres. Siglo de las Luces. Anticlericalismo.

1 El autor y la obra

José Cadalso y Vázquez es uno de los principales iconos de la literatura española del *Siglo de las Luces*. Nacido el 8 de octubre de 1741, en Cádiz, ciudad de la cálida Andalucía, Cadalso no pudo tener una vida infantil como la de muchos niños de su entorno, crecidos entre el cariño y halago de la madre y la presencia y protección del padre. A la edad de los dos años, se queda huérfano de madre (Josefa Vázquez y Andrade) y aprende a convivir con la muerte muy tempranamente. Las huellas imborrables y los daños ocasionados por esta gran pérdida van a acompañar toda la trayectoria del escritor y estarán reflejados en su obra.

Hijo de un exitoso comerciante vizcaíno, José María de Cadalso y Vizcarra, cuya prioridad era el comercio ultramarino que prescinde de llevar a cabo una vida centrada en el seno familiar, mantiene una relación distante con su padre, marcada por el abandono. Tras la muerte de su madre, Cadalso va a vivir a casa del abuelo materno, donde recibirá los cuidados y protección de una tía abuela. Estas circunstancias lo llevan a darse cuenta, muy pronto, de la fragilidad y de lo efímera que supone la vida, contribuyendo directamente a su tendencia tediática.

La próspera familia de Cadalso se preocupa por su educación e invierte cantidades sumamente significativas en sus estudios, motivada por la idea de intentar reparar la pérdida de su madre y superar la ausencia del padre. No obstante, la riqueza de la que dispone el joven no es un aliciente para su

¹Profesora de la Universidad Federal do Pará. Doctora en *Español: Lingüística, Literatura y Comunicación* (Universidad de Valladolid - España); Máster en Filología Hispánica por el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC/Madrid-España (2008), Diploma de Estudios Avanzados en Literatura Española e Hispanoamericana-Universidad de Salamanca-España (2010). E-mail: gracineia@ufpa.br

pobreza interior, puesto que todo lo que necesita, como superviviente de las tormentas de la vida, no es la herencia material. En 1750, incentivado por el jesuita Mateo Vázquez², su padre lo envía a estudiar a París, en el importante Colegio de Luís el Grande. En esa institución jesuita recibe educación en latín y desarrolla su “notable aptitud lingüística” (SEBOLD, 2006. p. 19), pero su relación con otros idiomas extranjeros viene de la tradición familiar, ya que su padre hablaba inglés e hizo todo lo posible para que su hijo aprendiera la lengua sajona, enviándolo a estudiar a Inglaterra, donde estuvo durante los años de 1755 y 1756. En Londres Cadalso experimenta por primera vez la pasión y padece sus consecuencias. Su experiencia con el amor no resulta muy positiva, hecho que le hace sentirse abandonado por el propio destino. Desde Inglaterra vuelve a Francia, y sigue sus estudios en París. Posteriormente, regresa a España.

Entre idas y venidas a Francia e Inglaterra, Cadalso se va formando con lenguas y costumbres no españolas, y al volver a España se siente extranjero en su propio país, invadido por la certeza que la España que había dejado a la edad 9 años se aleja cultural e ideológicamente de los países donde había estado durante la mayor parte de su adolescencia, distando de corresponder a sus anhelos y necesidades. En su regreso, el *muchacho de mundo* rechaza lo español y todo le resulta nuevo y agobiante, confesando que las jotas le duelen la garganta y que estas hacen bárbaros a sus queridos paisanos. Conforme subraya Sebold (2006), durante sus viajes Cadalso había adquirido “el desenfreno” de un francés y “la aspereza” de un inglés.

En Madrid Cadalso estudia en el Real Seminario de Nobles, donde tiene educación jesuítica, el seminario más moderno de España. Allí recibe una reorientación de la educación humanística adquirida en los países de Europa, pero la frivolidad que lo caracteriza lo acaba alejando de la vocación para la vida monástica. Cadalso busca alternativas para escaparse de la “cárcel” del seminario, mientras su vida irregular acaba resultando un motivo de desesperación para su padre, que lo decide mandar de vuelta a Londres. Y pese a no tener vocación religiosa finge tenerla, bajo la esperanza de recobrar la confianza de su padre y poder aumentar su itinerario de viajes por Europa. Con eso, logra viajar a muchos más países y adquiere ideas nuevas. Cadalso bebe en el pozo de las ideas de pensadores como Voltaire, Rousseau, Diderot, Newton, Thomson, entre otras personalidades de gran relevancia. A raíz de las lecturas que se propuso, desarrolla una gran pasión por los libros. En medio de la segunda pasión, que son los libros, es sorprendido por la noticia de la muerte de su padre, pero este acontecimiento tampoco le afecta mucho. El mercader se va, dejándole una gran herencia, de la que tampoco puede disfrutar, debido a las enormes deudas que hereda. Ese hecho Cadalso lo confiesa en su Autobiografía, recogida por Sebold (2006, p.03): “Yo nunca supe la verdadera suma de mi

²Tío de Cadalso, que enseñaba retórica, filosofía y teología en el colegio de su orden, se encargó de instruir a su sobrino en las primeras letras.

patrimonio, ni vi jamás el testamento de mi padre, ni supe qué tenía hasta que supe que ya no tenía nada”, añade.

A la edad de 21 años Cadalso ingresa en la carrera militar como cadete y antes de morir alcanza el rango de coronel. Durante su trayectoria en la milicia, participa en guerras contra Portugal, entre otras campañas. En 1766 interviene en el Motín de Esquilache y no sale contento de la batalla. Se desilusiona con la pasividad del pueblo y la difícil movilidad social; observa que las capas menos favorecidas siguen subordinadas al poder monárquico y a la jerarquía católica, de ahí que decide salir a cuerpo abierto a denunciar el poder/influencia y autoritarismo de la Iglesia y el Estado. En efecto, “durante todo el siglo XVIII el pensamiento, lejos de ser libre, había de ser expresado con múltiples precauciones para no incidir en culpabilidad legal por insinuar la más leve crítica a los dos poderes establecidos, la Iglesia católica y la Monarquía, o en expresión más usual, el Altar y el Trono (AGUILAR PIÑAL, 1996. p. 20). En estas circunstancias, nace *Noches lúgubres*, una obra revolucionaria y anticipatoria del romanticismo español.

Publicada entre los años 1789-1790, *Noches Lúgubres* tiene como protagonista a Tediato, un enamorado que planifica suicidarse a raíz de la inconformidad ante la muerte de su amada, Ingracia. Por motivos de la dolorosa pérdida, el joven ve en el suicidio la única salida para librarse de la tormenta que supone la pérdida del amor verdadero. Sumado a ello, las circunstancias a las que está sometido el país, de autoritarismo vigente y desigualdades sociales, le quitan las ganas de seguir viviendo. Es una obra autobiográfica en la que figuran todas las etapas de la vida de Cadalso, donde caben también otros tantos Cadalsos que forman la sociedad española del siglo XVIII.

En *Noches Lúgubres* Cadalso plantea el suicidio como una forma de solucionar todos los problemas que le afligen y afligen a la sociedad de su tiempo. Tediato está en pleno uso de sus facultades y plantea prenderse fuego junto al cadáver de la amada. La muerte de la enamorada supone una gran pérdida, quizás la peor pérdida de su vida. Es una tragedia que le ocasiona daños psicológicos irreparables, de ahí que seguir viviendo ya no tiene ningún sentido. No obstante, a sabiendas de lo escandaloso que puede resultar, prescinde de presentar una demanda de suicidio ante los tribunales, e intenta hacerlo con la ayuda del sepulturero, Lorenzo, quien acepta la propuesta, aunque se trate de algo ilícito, viendo en la oportunidad una forma de obtener los beneficios que no le da su oficio. Para Tediato, la sociedad es injusta y las leyes no funcionan cómo deberían de funcionar.

2 Lectura e interpretación de *Noches Lúgubres*

En este apartado se procede a una breve lectura e interpretación de las tres noches que componen la obra *Noches Lúgubres*, teniendo en cuenta que:
Revista Literatura em Debate, v. 16, n. 28, p. 95-114, jul./dez. 2021.

La literatura es siempre, incluso en los casos en que se encarna en una obra genial, el espejo y la interpretación del estado de la sociedad en un momento determinado de su evolución histórica; este estado se basa siempre en una tensión entre el ideal y la realidad y la literatura sólo logra ser arte reproduciendo este estado de la sociedad más o menos lleno de contradicciones internas; por otra parte no se trata simplemente de reproducir, sino de metamorfosear, de dar forma, dotando la obra de arte de ese significado y esa coherencia que la definen (GUERRA, 2003, p.16).

En base a ello, partimos de las circunstancias en las que se escriben la obra y avanzaremos en la reflexión sobre la relación que esta mantiene con la historia y la sociedad de su tiempo. En efecto, *Noches Lúgubres* inaugura en la literatura española el rechazo y el abandono del cielo por las criaturas humanas, a través de la cual se impera la razón, materializada en la crítica a la Iglesia y al Estado, a favor de la fraternidad humana, sin dogmatismos. Observaremos cómo el protagonista Tediato elabora su plan de “viaje” por el recorrido de la vida en la tierra, marcada por el dolor, el sufrimiento y la desesperación ante la pérdida de su amor verdadero, dejando evidente su principal objetivo: librarse de este mundo de tormentas.

2.1 La trayectoria de un sueño – Noche I

Tediato, inocente, es injustamente abandonado. Todo es tristeza. “¡Qué noche! La oscuridad, el silencio pavoroso interrumpido por los lamentos de mi corazón. El cielo también se conjura contra mi quietud, si alguna me quedara” (p. 367).

Todo es noche. Se vive en la oscuridad. Nadie habla en este “silencio pavoroso”, un silencio que solo es interrumpido por los lamentos de su corazón. Tediato denuncia el caos existente en el panorama nacional, donde todo es tristeza. Solo el corazón puede hablar porque nadie escucha su voz. La voz del corazón protesta, denuncia.

El silencio es pavoroso. Hablar no está permitido. No se puede exponer el desacuerdo con las verdades absolutas impuestas por la Iglesia, respaldadas por el Estado. El enamorado intenta buscar refugio en la naturaleza no divina como forma de aliviar sus dolores y sus penas. La naturaleza tampoco le complace: “El nublado crece. La luz de esos relámpagos... ¡qué horrorosa! Ya truena. Cada trueno es mayor que el que le antecede, y parece producir otro más cruel” (p.367).

La llegada de la luz asusta y molesta. El refugio en el cielo terrenal tampoco le ofrece tranquilidad. Para Tediato todo es tristeza, incertidumbre. Y todo el ruido que llega es cruel. Hay un conflicto interior producido por la llegada de las nuevas venidas de Francia y del resto de Europa. El español está aturdido, pero cree en la posibilidad de seguir soñando. Como hijo de la melancolía, de la incertidumbre, cree en la posibilidad de seguir soñando: “el sueño, dulce intervalo en las fatigas de los

hombres, se turba. El lecho conyugal, teatro de delicias; la cuna en que se cría la esperanza de las casas; la descansada cama de los ancianos venerables; todo se inunda en llanto... todo tiembla. No hay hombre que no se crea mortal en este instante” (p.367).

Cadalso trae a la luz el debate sobre la vida y la existencia, porque todos son mortales, independientemente de la posición social que ocupan. Desgraciadamente, cuando Tediato se da cuenta de eso todavía sigue vivo. Ante semejantes circunstancias, vivir ya no tiene ningún sentido: “*¡Ay si fuese el último día de mi vida!*” (p.367). Tediato se ahoga en una gran tristeza y desesperación. El joven reconoce que el amigo se horrorizaría si lo supiera.

Lorenzo no sabe que su amigo ha perdido su bien más preciado, su amante, quien le amaba incondicionalmente. Para contar con el apoyo de este amigo, el enamorado piensa en la posibilidad de pagar por su compañía, por su servicio. El razonamiento del protagonista es bastante significativo, su suspiro demuestra indignación. Afirma, ironizando, sobre el dinero: “... ¡ay, dinero, lo que puedes!” (p. 368). Por el dinero se participa de actividades incluso ilícita.

El protagonista se entrega a la intensidad del amor antes de contraer matrimonio. Es una actitud escandalosa y va en contra la moral de la época. Por ironía del destino, esta relación no puede ser duradera. Y resulta dramática. La muerte viene, se lleva consigo a María Ignacia precozmente; acelera la separación de los enamorados antes de cumplir el ciclo natural de la vida, de nacer, crecer, envejecer y morir.

La muerte precoz de su enamorada, viene acompañada de una enfermedad, el tifus. Como a María Ignacia, esta enfermedad le quita la vida a centenas de niños, adultos y mayores. El fallecimiento de María Ignacia ocasiona un cambio sustancial, pero Tediato sigue igual, sumido en la profunda y eterna tristeza que le acompañan desde sus primeros años de vida. “...todo ha mudado en el mundo; todo, menos yo” (p. 369).

La luz que refleja en la oscuridad de la vida de Tediato, resplandece en el rostro de Lorenzo “...el rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso...” (p. 369). Trae el azadón y el pico al hombro y viene vestido lúgubrememente; “...las piernas desnudas, los pies descalzos, que pisan con turbación.” (p. 369). Lorenzo tiene un oficio, es sepulturero; trabaja duramente con unos instrumentos rudimentales que exigen una fuerza física que él no tiene. Lorenzo, el sepulturero del templo, es consciente de su estado de extrema pobreza y reconoce que por ello, únicamente por ello, ha aceptado vender su fuerza de trabajo. “¡Cuán pobre seré cuando me atreví a prometerte lo que voy a cumplir! ¡Cuánta miseria me oprime!” (p. 369). A Lorenzo le espera un trabajo ilícito, y que da horror, pero digno de ser hecho porque se cobra por él. Una vez más critica el “¡Interés! ¡Único móvil del corazón humano!” (p. 369). Lorenzo es un atormentado más que puebla la sociedad dieciochesca. A través de

este decadente personaje, “Tediato simplemente encuentra una nueva metáfora para seguir pintando su propio espíritu atormentado” (SEBOLD, 2006. p. 369).

Tediato y Lorenzo carecen de fuerza física, tienen la mente atormentada, pero son firmes en sus propósitos. El miedo existe, la nubosidad y turbulencia de los pensamientos y del trabajo que tiene que hacer... son débiles, no carecen de instrumentos que facilitan la realización del trabajo. Sin embargo, hay una disposición y la esperanza de que vaya a ser posible alcanzar el objetivo final. La fuerza física y el ánimo son dos elementos importantes en estas circunstancias.

A Lorenzo el miedo le invade, la debilidad de su cuerpo le entorpece. No obstante, la esperanza se mantiene viva. El apoyo de Tediato y la certeza de que entre los dos es posible salir adelante. Y recobran fuerzas. Ser optimista ante la incertidumbre y las trabas que pueden suponer durante el desarrollo del trayecto y la concertación de los hechos es fundamental. Tediato demuestra más firmeza en sus propósitos e intenta animar a Lorenzo a superar los miedos. “Anímate... imítame” (p. 370). Lorenzo no entiende muy bien el interés del protagonista de llevar a cabo semejante tarea, la de desenterrar a su amada.

El sepulturero reconoce que “la vida es un soplo”. Morir no es premio de unos cuantos, sino de todos los seres vivientes. A lo largo de sus treinta y cinco años de oficio no ha dejado ni un solo día de enterrar algún cadáver. Lo asegura. En el fragmento que va a continuación se puede observar que todos tenemos el mismo destino, independientemente de la posición social que se ocupe. Morir no obedece a criterios establecidos por la sociedad y su normativa, sino que forma parte del curso de la naturaleza humana, es ley de vida: “He enterrado por mis manos tiernos niños, delicias de sus madres; mozos robustos, descanso de sus padres ancianos; doncellas hermosas, envidiadas de las que quedaban vivas; hombres en lo fuerte de su edad, y colocados en altos empleos; viejos venerables, apoyos del Estado (p. 370).

La obra denuncia una mala práctica de la búsqueda de objetos de valores en las sepulturas y la avidez por lo material. La actitud del sepulturero es escandalosa y va contra las normas civiles y eclesiásticas: “rasgué vestiduras en busca de alguna alhaja de valor; apisoné con fuerza, y sin asco, sus fríos miembros; rompíles las cabezas y huesos; cubrílos de polvo, ceniza, gusanos y podre, sin que mi corazón palpitase (p. 370).

El tratamiento que da Lorenzo a los cadáveres es algo indigno y que va contra las leyes civiles y eclesiásticas. Para el sepulturero, le da igual que sea un delito o no. El protagonista no pone en tela de juicio la existencia de una vida tras la muerte en los primeros momentos en que entabla la conversación con Lorenzo, el sepulturero.

La necesidad de estar con quien tanto ama no puede esperar el transcurso del destino, sino que es urgente que se tomen providencias para alcanzar la meta. Lorenzo se avergüenza de su *Revista Literatura em Debate*, v. 16, n. 28, p. 95-114, jul./dez. 2021.

debilidad física, que le dificulta cumplir su palabra. Le preocupa que se enteren sus amigos, reconociendo que más bien se burlarían de él al verlo perseguir tal objetivo. Reconoce que algunos sentirían lástima, otros lo odiarían.

La firmeza de los propósitos de Tediato le causa una gran envidia a Lorenzo. El fiel amigo le transmite fuerzas con su razonamiento y Lorenzo puede seguir su trabajo. Es consciente de su estado de miseria, de su necesidad física, económica y mental, pero no puede desistir de lo previamente acordado. No tiene fuerza suficiente, carece de equilibrio emocional; tiene miedo a ser sorprendido en cualquier momento y piensa desistir: “¿Qué es aquello?... Presencia humana tiene... Crece conforme nos acercamos... Otro fantasma le sigue... ¿Qué será? Volvámonos mientras podemos; no desperdiciemos las pocas fuerzas que aún nos quedan... Si aún conservamos algún valor, válganos para huir (p. 371).

Tediato es muy firme en sus propósitos y no pierde la razón. Con mucha firmeza, en este momento de desesperación de Lorenzo, utiliza conocimientos ilustrados para tranquilizarle. Muy contundentemente, le explica cómo surgen las sombras, que nacen a partir del reflejo del cuerpo de ambos:

¡Necio! Lo que te espanta es tu misma sombra con la mía. Nacen de la postura de nuestros cuerpos respecto de aquella lámpara. Si el otro mundo abortase esos prodigiosos entes a quienes nadie ha visto, y de quienes todos hablan, sería el bien o mal que nos traerían siempre inevitable. Nunca los he hallado; los he buscado (p. 371).

En esta conversación que mantiene Tediato con Lorenzo, se puede observar que la postura del enamorado ante el conocimiento aportado por la religión cristiana vigente, sobre la existencia de seres en otro mundo, es muy personal. Para él, el otro mundo no aporta ninguna vida: “Si el otro mundo abortase esos prodigiosos entes a quienes nadie ha visto, y de quienes todos hablan, sería el bien o el mal que nos traerían siempre inevitable. Nunca los he hallado; los he buscado” (p. 371).

Lorenzo insiste en mencionar la existencia de otros seres venidos de otro mundo. A Tediato nada de eso le interesa. Ni la insistencia de Lorenzo le hace cambiar la opinión que tiene sobre esos seres venidos del más allá. Su única preocupación es con alcanzar la muerte y quiere que ella ocurra lo antes posible. Ante la inquietud de Lorenzo, el enamorado no demuestra el más mínimo interés por seguir razonando sobre temas relativos a la otra vida. Reconoce que no puede gastar su precioso tiempo en darle más explicaciones sobre el tema. Tiene miedo de “... malgastar estas pocas horas, las más preciosas de mi vida, y tal vez las últimas de ella...” (p. 372) Tediato está seguro que solo debe utilizar el tiempo para perseguir su único objetivo, la muerte.

Tras la superación de los miedos e incertidumbres, Tediato divisa la sepultura donde yacen los restos mortales a los que él pretende acceder. Se la enseña a Lorenzo, el sepulturero, y este queda

algo sorprendido. Se había imaginado una gran obra arquitectónica, cuyo resultado fuera un ostentoso monumento, como el que había enterrado nada menos que un duque, gran figura de la sociedad española de aquél entonces, entre otras de igual importancia. Por otro lado, entiende que ni los muertos pueden descansar en paz, a causa de las sospechas y envidias a las que pueden estar sometidos: “tan despreciables son para mí muertos como vivos, en el sepulcro como en el mundo, podridos como triunfantes, llenos de gusanos como rodeados de aduladores...” (p. 373). En eso coincide como el sepulturero.

Sin de cualquier interés económico, Lorenzo desdeña la actitud de los que actúan con el objetivo de alcanzar progresión social a causa de riqueza y fortuna; deja bien claro que su objetivo no tiene que ver con el dinero, sino con la plenitud de la realización de sus sentimientos. Al enterarse de que en aquél sitio habían enterrado a un famoso indiano, que podía haber reunido fortuna en América, asegura que “tampoco vendría yo de mi casa a su tumba por todo el oro que él trajo de la infeliz América a la tirana Europa” (p. 373). Con este razonamiento, Tediato trae a la luz la problemática de la conquista y colonización de la *infeliz América*, por la *tirana Europa*, y critica vehementemente los intereses del “Viejo Mundo” por acumular riquezas: “...poca cantidad, sí, es útil; pues nos alimenta, nos viste y nos da las pocas cosas necesarias a la breve y mísera vida del hombre. No obstante, mucha es dañosa” (p. 373).

La referencia al dinero desvía la atención de Tediato por unos instantes, pero él no se deja vencer por estos razonamientos y vuelve a llevar a cabo el plan de desenterrar a su amada. Vivir le resulta un martirio, le causa extrañeza y le agobia el poco número de muertes existentes, sin entender que el motivo por el cual el ser humano, un ser tan frágil, puede durar tanto tiempo:

Un cuerpo tan frágil como el nuestro; agitado por tantos humores; compuesto de tantas partes invisibles; sujeto a tan frecuentes movimientos; lleno de tantas inmundicias; dañado por nuestros desórdenes y, lo que es más, movido por una alma ambiciosa, envidiosa, vengativa, iracunda, cobarde y esclava de tantos tiranos (p. 375).

El cuestionamiento de Tediato acerca del ser humano y su composición está impregnado de dudas, de inquietud, hecho que lleva a poner en tela de juicio la doctrina cristiana. Sus afirmaciones son provocativas, puesto que pone en tela de juicio verdades consideradas absolutas, reflejando su total desacuerdo.

Para Tediato, lejos de ser imagen y semejanza de Dios, el hombre reúne características de varios animales: perro, caballo, jumento, león, tigre, leopardo, oso, lobo...“e innumerables otras fieras que nos prueban nuestra flaqueza deplorable” (p. 375). Estos animales son emblemáticos y cada uno tiene un significado importante en la cultura occidental.

El protagonista está movido por la razón y por la emoción. Sin embargo, ninguno de estos sentimientos se sobrepone al otro. La pérdida del amor le hace llorar amargamente, formando ríos de lágrimas con las cuales riega la losa de la sepultura. Esta forma de exteriorizar los sentimientos humanos es una clara forma de rebelarse contra la tradición conservadora, que ve en las lágrimas un síntoma de fragilidad, característica exclusivamente de las mujeres y de los niños.

El diálogo de Tediato, al contar su peregrinación durante los días en los que estuvo desahogando su tristeza en el Campo Santo, está cargado de ironía. Durante la historia de la humanidad, el único relato de resurrección conocido es el del Cristo Crucificado, que al tercer día volvió a la vida terrenal, tras la tortura y la muerte, pero el enamorado asegura haber visto salir de un hoyo, en medio de su fantasía y tristeza, a un ser resucitado:

un ente que se movía. Resplandecían sus ojos con el reflejo de esa lámpara, que ya iba a extinguirse. Su color era blanco, aunque algo ceniciento. Sus pasos eran pocos, pausados y dirigidos a mí... dudé... me llamé cobarde... me levanté... y fui a encontrarle... el bulto proseguía... y al ir a tocarle yo, y él a mí (p. 376).

El miedo a lo que viene del más allá va cediendo lugar al goce de la vida terrenal, a la emancipación del hombre en la sociedad y a la búsqueda del amor incondicional entre el hombre y la mujer, desligado de cualquier interés que sea ajeno a los sentimientos verdaderos. Así, el “horroroso bulto” que atormenta a Tediato no le impide seguir persiguiendo su objetivo. Ante semejante agobio, el protagonista es capaz de mantenerse firme, de pie, “...sin querer perder el terreno que había ganado a costa de tanto arrojo y valentía.” (p. 377).

Enfrentar el desafío de actuar por su libre arbitrio, en una sociedad sólidamente estructurada, no es una tarea fácil para el hombre ilustrado. Muchos “monstruos” aparecen para atormentarles y amenazar su toma de decisión en la persecución de sus objetivos. A todo momento, los fantasmas interiores y exteriores parecen intentar devorar a los que están dispuestos a enfrentar el sistema jerárquicamente vigente, preestablecido desde hace varios siglos, reflejado en “...la falta de alimento, la frialdad de la noche...” p. 377). No obstante, el hombre ilustrado logra vencer todos esos monstruos, no caer en el hoyo de donde salen estos seres temibles. Ya no hay nada que temer.

La fiel compañía de su ayudante es una gran conquista de Tediato. En medio del caos, y ante el abandono de los “brazos piadosos”, Lorenzo echa de menos al perro, su fiel compañero, que nunca le abandona en los momentos más duros de su jornada diaria. Además de ofrecerle compañía, el animal le vigila los instrumentos de trabajo: “mil veces, tardando en venir los entierros, le he solido dejar echado sobre mi capa, guardando la pala, el azadón y los trastos de mi oficio” (p. 378).

No obstante, tampoco hay amistad entre ambos, puesto que el lazo que les mantiene está construido a base de una especie de “contrato laboral”. Aunque sea ilícita la tarea de acompañar al

enamorado en su plan de búsqueda de suicidio, y ayudar a que se haga realidad su objetivo, las miserables condiciones económicas del sepulturero le obligan a no desistir del contrato. Ni el horror ni el miedo son capaces de interferir en la decisión de Lorenzo, lo mismo ocurre con Tediato. El hecho de estar abandonado por el cielo y por toda la sociedad le une cada vez más al sepulturero. En la dependencia que hay entre ambos, observamos que la unión se da exclusivamente por el dinero, por la necesidad que, tanto el uno como el otro, tiene de salir adelante.

A Tediato le cuesta despertarse para realidad y sigue soñando, lo que parece ser eterno: desenterrar el cadáver de María Ignacia. Constantemente, desea que sea de noche, porque la noche es su mejor compañía, y es ella quien le halaga en medio del caos, de la incertidumbre y de los deseos no saciados.

En la lucha emprendida para desenterrar a la difunta, Tediato trabaja duramente para llevar a cabo el plan y lo hace de la manera más discreta y mejor posible. El enamorado pone las ideas, mientras su ayudante, Lorenzo, disponibiliza su mano de obra, realizando el trabajo más duro, pero Tediato tampoco le confiesa nada y lo mantiene invadido por las dudas y la curiosidad.

Lorenzo, confundido, cree que estará desenterrando al padre de su contratante. Al razonar sobre la posibilidad de ser el progenitor, está convencido de que le causará gran alegría ver al difunto padre. “Mucho cariño le tienes, cuando por verle pasas una noche tan dura... ¡Pero el amor de hijo! Mucho merece un padre” (p. 378). En este fragmento, Lorenzo llama la atención sobre las relaciones entre padre e hijo, resultando claro que su relación con Tediato carece de la más mínima confianza fraternal. Lo que les une es la relación de “trabajo”, por la que tiene que ser cómplice el sepulturero.

El enamorado no tiene amigos, no comparte con nadie el plan que tiene que llevar a cabo y no confiesa su secreto. La visión de Lorenzo con respecto a la familia no tiene nada que ver con lo que piensa Tediato. Para éste, el padre es un mero reproductor que tiene sus hijos para perpetuar la tradición familiar, como los nombres, pero que no siempre le dan el cariño y cuidado merecidos: engendran a los hijos por simple placer y no les queda más remedio que crearles y educarles: “...nos educan para que les sirvamos, nos casan para perpetuar sus nombres, nos corrigen por caprichos, nos desheredan por injusticia, nos abandonan por vicios suyos” (p.379).

Tediato denuncia la figura de su padre a Lorenzo, pero sin que él se entere de lo que realmente ha pasado, pero el sepulturero desconoce el verdadero su origen y procedencia y no sabe que él no ha tenido el cariño y el cobijo de la figura paterna, quedando huérfano de madre a los dos años de edad. De igual manera, al referirse a la figura materna, Lorenzo reconoce que mucho debemos a una madre y tiene el mismo razonamiento con el que habla sobre el progenitor. Para el protagonista, tanto el padre como la madre actúan de igual manera:

nos engendran también por su gusto, tal vez por su incontinencia; nos niegan el alimento de la leche que naturaleza les dio para este único y sagrado fin”, nos vician con su mal ejemplo, nos sacrifican a sus intereses, nos hurtan las caricias que nos deben, y las depositan en un perro o en un pájaro p. 379).

El enamorado exterioriza su inconformidad y disgusto ante la vida que le tocó vivir, pero Lorenzo sigue sin atreverse a preguntarle sobre ello. No obstante, en medio de la incertidumbre y la curiosidad, se le ocurren diversas maneras de enterarse de lo que pasa. Primero, cree que se trata de la sepultura del padre, luego de la madre, equivocándose en ambas veces. Sin embargo, sigue insistiendo, de manera muy sutil, para obtener la información precisa; más adelante, emite una opinión más, a fin de ser informado sobre quién verdaderamente yace en aquella sepultura. Toda su imaginación le lleva a pensar que se trata de algún familiar cercano, esta vez un hermano. Para Lorenzo, no hay nadie más importante que un familiar: padre, madre o hermano.

La mirada de Tediato ante la vida que le rodea construye una memoria fotográfica de la sociedad, en las más variadas dimensiones. En todo momento, el protagonista razona sobre lo que ocurre en la sociedad, en el seno de las familias.

Lorenzo no se conforma con el razonamiento de Tediato e insiste en que en la sepultura que está a punto de abrir yace el cadáver de algún familiar suyo, de esta vez, un hijo. Entre Tediato y Lorenzo existe complicidad, pero no confianza. Aun sin quererlo, Tediato imprime en Lorenzo su visión del mundo. Tiene una idea muy clara de lo que puede ser una familia y su constitución. Ha hablado ya de los padres y no se priva de referirse a los hermanos y, por fin, a los hijos:

¿Qué es un hijo? Sus primeros años... un retrato horrendo de la miseria humana. Enfermedad, flaqueza, estupidez, molestia y asco... Los siguientes años... un dechado de los vicios de los brutos, poseídos en más alto grado... Lujuria, gula, inobediencia... ambición, soberbia, envidia, codicia, venganza, traición y malignidad: pasando de ahí... ya no se mira el hombre como hermano de los otros, sino como a un ente supernumerario en el mundo (p. 381).

Las varias etapas por las que pasa el ser humano hasta llegar la madurez están llenas de altibajos. La formación se basa en modelos y principios sociales, se reciben las primeras enseñanzas, se siguen los arquetipos que construyen la vida familiar y social. En los primeros años, este “retrato horrendo de la miseria humana” es de momento de total dependencia de los demás, del mundo exterior; hay carencia de autonomía, de razón, de libertad de elección y satisfacción; “molestia y asco” para los que le tienen que dedicar atención y cuidado. Tediato está convencido de que tiene la razón e intenta convencer a Lorenzo con una retórica cargada de realidad:

Créeme, Lorenzo, créeme. Tú sabrás cómo son los muertos, pues son el objeto de tu trato... yo sé lo que son los vivos... Entre ellos me hallo con demasiada frecuencia... Éstos son... no... no hay otros; todos a cual peor... yo sería peor que todos ellos si me hubiera dejado arrasar de sus ejemplos (p. 381).

En este fragmento tenemos una memoria fotográfica de la sociedad dieciochesca a través de la mirada de Tediato. No todos, como Lorenzo, se dan cuenta de que en esta sociedad hay muchos ejemplos que no son dignos de ser seguidos. El ser humano, este “ente supernumerario en el mundo”, está impregnado, además, no sólo de ambición, sino de envidia, codicia, venganza, traición... y la naturaleza no excluye a ninguno, están en todas las clases sociales.

Para el protagonista, las personas fingen ser amigas, pero lo que las une son otros intereses, totalmente ajenos a este concepto, pero Lorenzo tampoco lo entiende. El tratamiento que da a Lorenzo demuestra que entre ambos no hay igualdad de condiciones. Uno pone la idea y el dinero y el otro la fuerza física. Mientras el pobre sepulturero trabaja duramente, el amigo lo observa.

Dos meses después de haber empezado el trabajo, los resultados todavía no son satisfactorios. Hasta llegar a la sepultura pretendida, Tediato pasa por varias tormentas. Así, llevar a cabo el objetivo deseado sigue siendo una tarea difícil. De la sepultura exhala un olor insoportable y a Lorenzo se le agotan todas sus fuerzas. Para Tediato, este es un momento de gran desesperación y pasa de ver en el sepulturero la persona a quien ha contratado para llevar a cabo semejante tarea, al ver que, a partir de ese momento, lo necesita como un amigo fiel, sin el cual no puede salir adelante con su proyecto.

Al recobrar fuerzas, Lorenzo sigue al lado del enamorado, pero las circunstancias de fragilidad por las que pasa el sepulturero obligan a Tediato poner manos a la obra y no seguir solo con las ideas. Tediato empieza sujetando una piedra sacada de la sepultura y vislumbra una apertura de la que salen los gusanos. Estos gusanos anuncian la miseria humana y al enamorado le entra la desesperación:

¡Ay, qué veo! Todo mi pie derecho está cubierto de ellos. ¡Cuánta miseria me anuncian! En éstos, ¡ay!, en éstos se ha convertido tu carne! ¡De tus hermosos ojos se han engendrado estos vivientes asquerosos! ¡Tu pelo, que en lo fuerte de mi pasión llamé mil veces no sólo más rubio, sino más preciosos que el oro, ha producido esta podre! ¡Tus blancas manos, tus labios amorosos, se han vuelto materia y corrupción! ¡En qué estado estarán las tristes reliquias de tu cadáver!...” (pp. 383-384).

Esta descripción que hace Tediato de la amada consiste en un llamamiento a la atención de toda la sociedad. El cuerpo de la mujer, que antes era precioso, lleno de amor... ahora se pudre y alimenta a seres asquerosos, que lo destruyen todo, dejando claro que todos, independientemente del status social que gocemos, tendremos el mismo fin.

Ante la desesperación, Lorenzo se dispone una vez más a seguir ayudando a Tediato. La podredumbre que sale de la sepultura le molesta, pero no le hace desistir. En estas circunstancias, el

sepulturero recobra vigor y anima al enamorado. No obstante, sigue sin entender de quién realmente se trata y, una vez más, imagina que puede ser alguien cercano, un pariente.

Con la salida del sol todo parece complicarse todavía más. La posibilidad de ser sorprendido por alguien aumenta y la desesperación también. Las campanas anuncian la llegada de un nuevo día, que lo ilumina todo, salvo el corazón de Tediato, que sigue en tinieblas: “para mí nunca sale el sol. Las horas todas se pasan en igual oscuridad para mí. Cuantos objetos veo en lo que llaman día, son a mí vista fantasmas, visiones y sombras” (p. 385).

Tediato se hunde en una profunda tristeza. La realidad le atormenta, le devora. Seguir viviendo es su peor martirio, porque siente que todo está en contra de él.

Tediato habla por él y por nadie más, dejando clara su visión de mundo sin comprometer a nadie más, que el mundo no le interesa, pero sin poner en tela de juicio la opinión de los demás. En ningún momento, pierde la razón o cambia de ideas. Su vida es una constante reflexión, un continuo llamamiento de atención para la transitoriedad de la vida y la realidad perecedera de la materia humana, que afecta a todos. Lo que antes era objeto de placer tiene su fin asegurado:

Objeto antiguo de mis delicias... ¡Hoy objeto de horror para cuantos te vean! Montón de huesos asquerosos... ¡En otros tiempos, conjunto de gracias! Oh tú, ahora imagen de lo que yo seré en breve; pronto volveré a tu tumba, te llevaré a mi casa, descansarás en un lecho junto al mío; morirá mi cuerpo junto a ti, cadáver adorado, y expirando incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volveremos ceniza en medio de las de la casa (p. 386).

El protagonista venera el cadáver de quien antes le llenó de placer y dio sentido a la vida. Ya no le queda más remedio que llorar por haberla perdido. El “conjunto de gracias”, que ahora adora en forma de “montón de huesos asquerosos”, es el principal motivo de su melancolía. Por primera vez confiesa a Lorenzo su verdadero plan, el de suicidarse.

A Tediato no le interesa seguir el curso natural de la vida y tampoco le interesan las enseñanzas de la Iglesia Católica y en ningún momento reflexiona sobre la vida del más allá. El enamorado no quiere morir para alcanzar la salvación ni la eternidad, sino para librarse de un mundo cruel e injusto.

2.2 Memoria del “sepulcro de vivos” - Noche II

Antes de alcanzar el objetivo pretendido, Tediato se enfrenta con una serie de circunstancias que le hunden todavía más en profunda tristeza y desesperación. Los días le resultan tristes, un día más “igual a la noche más espantosa me ha llenado de pavor, tedio, aflicción y pesadumbre” (p. 387). La culpa de tanto sufrimiento le atribuye al astro rey, porque la luz del sol le duele en los ojos y le estropea

los planes. Sin embargo, el sol no es el único culpable de la melancolía que lleva dentro, por impedirle alcanzar su principal objetivo, la muerte. Tediato considera que todo y todos están en contra de él: la naturaleza se le vuelve una de sus principales enemigas, sumada a las circunstancias sociales a las que está expuesto.

Mientras los demás vivientes disfrutaban de la llegada de la Luz, a Tediato los días le parecen eternos y se convierten en un gran tormento. La noche, que era su principal aliada, "...cuya tardanza me hacía tan insufrible la presencia del sol, es menos gustosa, porque en algo se parece al día. No está tan oscura como yo quisiera." (p.387), también le molesta.

Tediato se siente incómodo con la injusta presencia de la luna. Le pide que se vaya y no tiene éxito en su petición, porque reconoce que está solo, que Lorenzo se ha ido hace ya a las "diez y seis" horas. No obstante, no se lo quiere creer.

Sin la compañía del sepulturero, Tediato llora, gime y delira. En el mundo exterior, las tinieblas completan el paisaje y encuentran un sitio privilegiado el interior del enamorado. En efecto, poca diferencia parece haber entre un cadáver y Tediato, dada la fragilidad que se encuentra hasta llegar a la sepultura en la que yace su amada. Se han ido la fuerza física y el ayudante. No obstante, la firmeza psicológica y la claridad de sus ideas siguen intactas. Vivir le cuesta mucho más que antes, es cierto, y la única manera de aliviar el sufrimiento es suplicar al cielo, con las manos juntas y de rodillas, para que la muerte ya no tarde.

El enamorado se deshace en lágrimas y apenas puede con su cuerpo y su alma. En medio de esta gran tormenta, aparece Virtelio y se asusta al encontrar al amigo hundido en tanta desesperación y miseria. El estado de Tediato es deplorable y él mismo lo reconoce. Le horroriza que su amigo le sorprenda en tales condiciones, tras haberse esforzado para sacarlo adelante: "¡Pobre Virtelio! ¡Cuánto trabajaste para hacerme tomar algún alimento! Ni fuerza en mis manos para tomar el pan, ni en mis brazos para llevarlo a la boca si alguna vez llegaba. ¡Cuán amargos son bocados mojados con lágrimas!" (p. 388).

La llegada de Virtelio coincide con el momento de mayor debilidad de Tediato. Este presunto amigo le alimenta y le hace recobrar la fuerza para no desistir de sus propósitos. Las fuerzas de Tediato siguen menguando, todo parece no tener fin. Virtelio es un pseudo amigo, que llega sin avisar y se va también sin avisar. Tediato carece de optimismo y ve noche en todo; llora ríos de lágrimas como forma de exteriorizar su mísera condición humana. A través del llanto, exterioriza los sentimientos, la sensibilidad, lo que antes era considerado algo propio de las mujeres.

Tediato está destrozado por el amor, por amar de verdad, un amor incondicional, puro y verdadero, capaz de llevarle a cometer delitos de orden civil y eclesiástico. Virtelio trabaja para darle alimento, para alimentarle el cuerpo. No obstante, no se preocupa de su alma, de su estado de ánimo. *Revista Literatura em Debate*, v. 16, n. 28, p. 95-114, jul./dez. 2021.

En otro momento, “brazos piadosos” han alimentado a Tediato, pero sin implicarse en la alimentación del interior, de su espíritu. Virtelio se va, cansado, resulta convencido el enamorado: “¿Quién no se cansa de un amigo como yo, triste, enfermo, apartado del mundo, objeto de la lástima de algunos, del menosprecio de otros, de la burla de muchos?” (p. 389).

Tediato reconoce que pensar y actuar como él no se ve con buenos ojos. Se siente traicionado por el amigo que, al verlo en semejante situación de abandono y miseria, se va y lo deja solo. La figura de Virtelio es un fidedigno retrato de la sociedad. La manera cómo actúa demuestra que la carencia de prestigio de Tediato no le permite relacionarse bien con el mundo y ante el mundo en el que le tocó vivir, sin amor, sin amigos de verdad, porque nadie parece querer ser amigo de un “indigente”, de un individuo que va en dirección contraria a su tiempo. Y Tediato lo sabe:

Hiciste bien en dejarme; también te hubiera herido la mofa de los hombres. Dejar a un amigo infeliz, conjurarte con la suerte contra un triste, aplaudir la inconstancia del mundo, imitar lo duro de las entrañas comunes, acompañar con tu risa la risa universal, que es eco de los llantos de un mísero... Sigue, sigue... éste es el camino de la fortuna, adelántate a los otros; admirarán tu talento (pp. 389-390).

Virtelio sigue la corriente de la colectividad y abandona a Tediato para sumarse a otros que tienen el poder, convencido que si su “amigo” se muere apenas hará algún comentario, porque está seguro que si se muere el enamorado poco impacto causaría en la sociedad. De su vida y su muerte, van a hablar como hablarían del tiempo bueno o malo, porque reconoce que su vida o su muerte no le importan a nadie. Solo la oscuridad de la noche le devuelve el ánimo y el consuelo a Tediato. La puesta del sol ocasiona un cambio significante en su mísera vida, resultando bienvenida. Porque la noche es la madre de los delitos, la que destruye la hermosura. En la noche, Tediato recobra todas sus fuerzas y energías y retoma la puesta en marcha de su principal objetivo, el de desenterrar a la amada, siempre contando con la ayuda de Lorenzo.

Las visiones y fantasmas, duendes, espíritus y sombras le ayudarán con firmeza a levantar la losa, y Tediato puede planificar el robo con tranquilidad, motivado por los recuerdos que los dos eran uno. Y esta fusión de los enamorados ocurre sin formalismos, a partir del nacimiento del amor incondicional que los une, sin apenas tener la necesidad de decir el “sí, quiero”.

En medio de la noche, y de los buenos recuerdos de su amada, el enamorado es sorprendido por voces que anuncian su desgracia. No entiende muy bien lo que pasa, hasta que ve caer un hombre malherido a sus pies, con las ansias de la muerte; tampoco sabe de quién se trata. Para su desgracia, un torrente de sangre le mancha todo. Tediato no sabe qué hacer. La Justicia llega tarde, no alcanza a los criminales, y encuentra el cadáver, junto a Tediato ensangrentado. No obstante, se trata de “un personaje cuyas calidades no permiten el menor descuido de nuestra parte” (p. 391), señala la Justicia.

La justicia condena a Tediato por algo que no ha cometido. Y ordena que lo aten, amenazándolo con una muerte ignominiosa y cruel.

No hay pruebas que demuestren que ha sido Tediato el asesino. Tras su detención, nace una enorme esperanza en Tediato, porque cree que será galardonado con el premio que más desea, la muerte. Para el enamorado, su prisión le permite acercarse a la realización de su sueño de partir de este mundo.

Ante semejante injusticia, el protagonista ruega por misericordia, con tal de obtener el alivio de sus penas. Ya no puede seguir viviendo, porque todo va en su contra. La falta de la mujer amada es una gran tormenta, pero lo que más le aflige es la demora de la muerte, este cambio, urgente y necesario, que le permitirá estar al lado de su pretendida y librarse de las torpezas e injusticias de este mundo, porque su presencia sobra.

La Justicia atribuye a Tediato un corazón criminal y su única es rogar que le quiten la vida, que le atormenten, entregándose en cuerpo y en alma, aunque su consciencia esté plenamente plagada de inocencia: "... no insultes una alma que tengo más noble... un corazón más puro... sí, más puro, más digna habitación del Ser Supremo" (p. 392). Vencido por el cansancio y la desesperación, al enamorado tampoco le interesa que sepan realmente quién es él: "No me preguntes quién soy, cómo vine aquí, qué hacía, qué intentaba hacer, y apuren los verdugos sus crueldades en mí; las verás todas vencidas por mi fineza" (p. 392). Además, advierte sobre la ferocidad de los ministros y no se priva de insistir en que es una víctima inocente, y que la cárcel es un "sepulcro de vivos, morada de horror, triste descanso en el camino del suplicio, depósito de malhechores" (p. 392).

Mientras la Justicia Divina le da al condenado una oportunidad de arrepentirse del pecado cometido, la Justicia Humana no le da la más mínima posibilidad de redimirse sobre el posible error, y lo acusa sin pruebas.

Ese hombre quede asegurado; nadie le hable. Ponedle en el calabozo más apartado y seguro; doblad el número y peso de los grillos acostumbrados. Los indicios que hay contra él son casi evidencias. Mañana se le examinará. Prepáresele el tormento, por si es tan obstinado como inicuo (p. 394).

A Tediato se le cae encima un doble tormento. En primer lugar, haber padecido las tormentas de la vida que le tocó vivir, en abundancia de miseria y sufrimiento; en segundo lugar, la atribución de un crimen que no ha cometido y el entierro en vida en el "sepulcro de vivos". El pobre indefenso, que antes no tenía ningún significado en la sociedad, pasa a ser el centro de la atención, el objeto de vigilia; supone un peligro y no merece ninguna compasión; pierde la condición humana y pasa a ser tratado como animal, como los demás presos. En el fragmento a continuación, podemos comprobar eso, a partir de la referencia del carcelero que ejerce la custodia:

Años que soy carcelero, y en el discurso de este tiempo he guardado los presos que he tenido, como si guardara fieras en las jaulas. Pocas palabras, menos alimento, ninguna lástima, mucha dureza, mayor castigo y mucha amenaza. Así me temen. Mi voz, entre las paredes de esta cárcel, es como el trueno entre montes; asombra a cuantos la oyen (394-395).

El romántico acepta su fragilidad ante la naturaleza divina y humana, privándose de entablar una conversación con Dios, como forma de protestar contra los dogmatismos vigentes; se siente rechazado por el cielo y la tierra; prefiere dialogar directamente con la naturaleza y se cree el más digno templo de recepción de lo divino, motivado por la idea de que su condición de hombre bueno, independientemente de lo que opina la sociedad, porque ni la opresión ni las injusticias hacen que él, inocente, cambie su opinión y se convierta en hombre malo.

El calabozo es el destino de muchos hombres indefensos, venidos de todos lados, para alegría de los soldados, para poblar la indigente e inhumana cárcel a la que estaban condenados. El recorrido hasta el destino horrendo que les espera es espeluznante, un verdadero calvario.

He visto llegar facinerosos de todas las provincias... hombres a quienes los dientes y las canas habían salido entre muertes y robos... El camino por donde habían venido había quedado horrorizado... Los soldados al entregármelos se aplaudían más que de una batalla que hubiesen ganado. Se alegraban de dejarlos en mis manos (p. 395).

Hedionda, fría, mugrienta... es la cárcel, digna representación del infierno en la tierra, pero nada de este ni del otro mundo ya resulta espantoso para Tediato. Injusticia, humillación son situaciones con las cuales el protagonista ha aprendido a convivir, además de tantas otras desdichas: “ingratitude de mis amigos, enfermedad, pobreza, odio de poderosos, envidia de iguales, mofa de parte de mis inferiores” (p. 396). Por eso, hay un deseo incontrollable de hacer el “último viaje”, de librarse de las penurias de este mundo, a las que está sometido: “Ven, muerte, con todo tu séquito. Sí; ábrase esa puerta; entren verdugos feroces manchados aún con la sangre que acaban de derramar a una vara de mí. Si el ser infeliz es culpa, ninguno más reo que yo!” (p. 398).

Anhelar la felicidad es la única culpa de Tediato. En el calabozo, su cama es una tabla, una piedra es la cabecera y la única compañía son los insectos. Solo la muerte le quitará de las penurias y le devolverá la felicidad. Entre rejas, cada minuto es un calvario. La deseada muerte parece injusta y no oye los clamores y suplicio del enamorado. Y cuánto más tarda, más deseada resulta. Todo ruido que brota por entre los rincones del calabozo parece anunciarle el último día. Tediato no se conforma con estar allí tanto tiempo, a merced de la bondad de la Justicia, que nunca llega.

La cárcel se convierte en un refugio para Tediato y en ella pasa a sentirse acogido, fortalecido por la esperanza de estar en la antesala de la muerte, pero, tras el anuncio de libertad que le trae el carcelero, se siente frustrado y se hunde en una desesperación todavía más profunda:

Ni en la cárcel puedo gozar del reposo que ella me ofrece en medio de sus horrores. Ya iba yo acomodando los cansados miembros de mi cuerpo sobre esa tarima; iba tolerando mi cabeza lo duro de esa piedra, y me vienes a despertar, ¿y para qué? Para decirme que no he de morir. Ahora sí que me turbas mi reposo... Me vuelves otra vez al mundo; al mundo de donde se ausentó lo poco bueno que había en él (p. 400).

Al salir de la cárcel, Tediato está todavía más convencido de llevar a cabo su plan. Se despide del carcelero con el pensamiento más positivo que nunca. Y como en el calabozo no ha encontrado la posibilidad de concretar su sueño, va derecho a la sepultura de la amada. Allí ya no está Lorenzo, pero él se propone ir a buscarlo.

El tiempo pasa demasiado rápido, pero la noche no dura todo lo necesario. Tediato entabla una conversación con la naturaleza y le ordena que las noches sean más largas:

¡Noche!, dilata tu duración. Importa poco que te esperen con impaciencia el caminante para continuar su viaje y el labrador para seguir su tarea. Domina, noche, domina más y más sobre el mundo que por sus delitos se ha hecho indigno del sol. Quede este astro alumbrando a hombres mejores que los de estos climas. Mientras más dura tu oscuridad, más tiempo tendré de cumplir la promesa que hice al cadáver encima de su tumba, en medio de otros sepulcros, al pie de los altares y bajo la bóveda sagrada del templo. Si hay alguna cosa más santa en la tierra, por ella juro no apartarme de mi intento (p.400).

En el intento de controlar a los fenómenos naturales, según sus deseos y necesidades, demuestra que la luz del sol horroriza al romántico. Tediato retoma el proyecto de desenterrar a la amada sabiendo de que es un delito lo que tiene que hacer. Se anima a sí mismo, se fija en los detalles más mínimos que surgen y apura el paso. Está seguro que en breve saldrá victorioso de las muchas tormentas por las que tiene que pasar y no se deja llevar por el cansancio. Por camino se topa con gritos de desesperación y dolor, emitidos por el hijo del sepulturero, que también se llama Lorenzo. Al igual que el protagonista, Lorenzo ha perdido la madre y está expuesto a la crudeza de la realidad que le espera: su abuelo acaba de morir.

A través de Lorenzo, el hijo del sepulturero, Tediato conoce la verdadera identidad de su ayudante, dónde vive y en qué circunstancias. La realidad de Lorenzo le horroriza todavía más y le hace que, por primera vez, pretenda adelantar el suicidio, pero lejos del cadáver de su amada:

Te compadezco tanto como a mí mismo, Lorenzo; pues la suerte te ha dado tanta miseria, y te la multiplica en tus deplorables hijos... Eres sepulturero... Haz un hoyo muy grande... Entiérralos a todos ellos vivos, y sepúltate también con ellos. Sobre tu losa me mataré, y moriré diciendo: Aquí yacen unos niños tan felices ahora como eran infelices poco ha, y dos hombres los más míseros del mundo (2006. pp. 403-4004).

Es tan deplorable la situación de Lorenzo que hace con que Tediato cambie de opinión. A partir de ahí, nace una cierta confianza entre ambos y ocurre un cambio sustancial en su relación. El

infeliz Tediato se sensibiliza ante la situación de otros infelices, cuya felicidad solo encontrará en la muerte.

2.3 El despertar del fervor revolucionario - Noche III

Entre sueño, esperanza y desesperación, la trayectoria de Tediato se acerca el final. Más que por satisfacción de caprichos personales, el romántico mantiene firme el propósito de llevar a cabo el plan de suicidarse, al lado del cadáver de su amada.

Superado el calabozo, que es un depósito de malhechores como la sociedad misma, el enamorado se ve en las mismas condiciones miserables del mundo exterior, puede encontrar su fortuna en el latente deseo de emprender su “último viaje”. La consciencia de estar vivo lo lleva a total desilusión, especialmente por su inconformidad de formar parte de lo que llama fastidio universal, puesto que observa que mientras hay un poderoso en su trono, hay un mendigo en un muladar. Se siente solo, “... lleno de aflicciones, privado de bienes, con mil enemigos por fuera y un tormento interior capaz, por sí solo, de llenarme de horrores, aunque todo el orbe procurara mi infelicidad” (2006. p. 405).

Ahora bien, el razonamiento de Tediato le lleva a cuestionar si todo ha merecido la pena. Es la última noche, este período de tiempo que le espera lleno de tormento exterior e interior, y le anima a meditar y evaluar lo que ha hecho. Más que nunca, está ávido de que sea el final de sus males; hace una memoria de lo que ha sucedido a lo largo de su trayectoria y no duda que no ha merecido la pena seguir viviendo. El razonamiento le llena de sensibilidad, le hace capaz de vislumbrar en la sociedad la miseria humana, además de hacerle creer que otro mundo es posible. A lo largo de la última noche, sigue persiguiendo su único sueño, la muerte.

Ante la fragilidad en que se encuentra Tediato, le viene el deseo de aislamiento, el deseo de volver a la cárcel para distanciarse de la triste realidad que le rodea. La súplica para que le devuelvan al “sepulcro de vivos”, la hace a Lorenzo, porque supone que es el único ser que le hará caso. No le importa el hecho de que Lorenzo haya nacido en la mayor miseria que él, sino lo que realmente importa es que son de una misma especie, “...todos lloramos... todos enfermamos... todos morimos” (p. 407). Nace en Tediato una retórica cargada de fervor reformador, impregnado del deseo de una sociedad más humana, más justa y solidaria. El fervor reformador de Tediato se acentúa, de forma que, por unos instantes, el enamorado parece olvidarse de su principal objetivo, la muerte.

Al darse cuenta de la agudeza de la miseria de su ayudante, Tediato se preocupa por él incansablemente y le pide protección incluso al cielo. Al florecer una consciencia nunca antes sentida,

Lorenzo anhela cambiar su realidad. Ya no le apetece seguir siendo un simple sepulturero y demuestra su rechazo al cielo. Así, exterioriza su inquietud y sus dudas:

¿Para qué? ¿Para pasar cincuenta años de vida como la que he pasado, lleno de infortunios; y cuando apenas tengo fuerzas para ganar un triste alimento... hallarme con tantas nuevas desgracias en mi mísera familia, expuesta toda a morir con su padre en la más espantosa infelicidad? Amigo, si para eso deseas que me guarde el cielo, ¡ah!, pídele que me destruya (p. 409).

El último diálogo de Tediato con Lorenzo – y último diálogo de las *Noches Lúgubres* – es una demostración de la evolución del pensamiento del hombre ilustrado, su visión colectiva del mundo hace alterar valores personales en pro de una sociedad más justa e igualitaria. A partir de la miseria y el desengaño de Lorenzo, Tediato encuentra razones para seguir viviendo, al tiempo que reconoce que para que haya un cambio social es fundamental poner manos a la obra, dejando claro que no se debe depender de la magnificencia de todos los reyes. En conclusión, se da cuenta de que hay muchas razones para su inquietud y muchas razones para seguir viviendo: “Andemos, amigo, andemos” (p. 410), concluye el enamorado. ¡Y la vida sigue!

Abstract: This paper intends to make a brief reading and interpreting of the work *Noches Lúgubres* (1789-1790), by José Cadalso y Vázquez, taking into account that the author decides to denounce the authoritarianism of the Church and the State, in force in the Spain of the 18th century. Cadalso finds in the French thought of the Age of Enlightenment the motivation and the instruments that allow him to launch himself against the dogmatic, the faith and the religious morals that trace the destiny of the country, showing his anticlericalism, while rejecting the norms and the morals established by the society of the time.

Key words: José Cadalso y Vázquez. Noches Lúgubres. Age of Enlightenment. Anticlericalism.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR PIÑAL, Francisco. *La España del absolutismo ilustrado*. Madrid: Espasa Calpe, 2005.
- . *Historia literaria de España en el siglo XVIII*. Madrid: Trotta. Consejo superior de Investigaciones Científicas, 1996.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *La novela del siglo XVIII*. Madrid: Jucar, 1999.
- BERMÚDEZ-CAÑETE, Federico. «Cadalso en su contexto europeo», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 389; pp. 263-278, 1982.
- CADALSO, José. *Cartas Marruecas. Noches lúgubres*. Ed. Sebold, R.P. Madrid: Cátedra, 2006.
- EGIDO, Teófanos. *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)*. Universidad de Valladolid, 1971.
- GALEANO, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Madrid: Siglo XXI, 1994.
- GLENDINNING, Nigel. *Vida y obra de Cadalso*. Gredos. Madrid: Gredos, 1962.
- . «Sobre la interpretación de las Noches lúgubres», *Revista de Literatura*, XLIV; pp. 131-139, 1982.
- Revista Literatura em Debate, v. 16, n. 28, p. 95-114, jul./dez. 2021.

—— «Lo gótico, lo funeral y lo macabro en la cultura española y europea del siglo XVIII», *Anales de literatura española*, 10; pp. 101-115, 1994.

HERRERO, Javier. *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.

MARTIN GAITE, Carmen. *Usos amorosos del dieciocho en España*. Madrid: Siglo XXI, 1972.

RODRÍGUEZ, Juan. «Una lectura romántica de las *Noches lúgubres* de Cadalso», en *El mundo hispánico en el siglo de las luces*, vol. II, pp. 1111-1125. Editorial Complutense. Madrid, 1996.

SEBOLD, Russel. P. (1974). *Cadalso: el primer romántico europeo de España*. Madrid: Gredos, 1974.

—— «El incesto, el suicidio y el primer romanticismo español», *Hispanic Review*, XLI, pp. 669-692 (recogido en *Trayectoria del Romanticismo español*, pp. 109-136), 1973.